

GUERRERO MALAGÓN, MAESTRO**FERNANDO DORADO MARTÍN****Correspondiente**

Excmos. Sres., Ilmos. Académicos, dignísimas Autoridades, señoras y señores:

Me siento emocionado al decir unas palabras en esta villa de Urda, tan querida para mí. De aquí encontré, ya de antiguo, un entrañable amigo, Fernando Ariza; también a los muy estimados, magníficos maestros éstos, de instrucción general, Aurita, Santiago y Jacinto Soto, Ramón Núñez y Maruja Campos. No es casualidad hallarnos al amparo de la sierra Calderina con hombres de gran vocación transmitiendo sabiduría y cariño, porque Urda parece predestinada a dar hijos beneméritos educadores, como el maestro Guerrero Malagón.

Empleemos para éste el vocablo "maestro" -¡excelso significado!- Homenajeamos ahora mismo a este gran urdano, a Cecilio, o, si se quiere, Mariano, como se le conoce familiarmente. Guerrero Malagón fue y sigue siendo un educador, un maestro. Se le suele adjetivar con esta palabra por su gran valía de artista; pero ha de aplicársela también sustantivamente porque, además de sobresaliente realizador, cuenta con excelentes dotes innatas comunicando sus conocimientos con inteligencia, con afecto, convenciendo.

Cecilio, siendo muy joven, fue pensionado de la Diputación Provincial para seguir estudios en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Toledo. También lo estuvo el insigne escultor, otro Cecilio, Cecilio Béjar, en tiempos lejanos rodeando al año treinta; mucho antes igualmente lo había sido Enrique Vera, profesor posteriormente de ambos. Y Guerrero mismo fue en dicha Escuela

Profesor Meritorio de Dibujo Artístico en el período 1933-1934, asignatura de la que eran titulares Pedro Román y Ramón Pulido y, a la sazón, como Auxiliar el mentado Vera. Todos los citados ocuparon sillones en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo -Ramón Pulido como miembro correspondiente; Guerrero Malagón, por supuesto, en su calidad de Académico de número, felizmente continuando en la actualidad.

En la Escuela, Guerrero Malagón se sentaba en los bancos de los alumnos de primer curso para, pacientemente, ir indicando a uno por uno cómo se debían hacer el encaje del dibujo y después el trabajo en las sucesivas fases. Aconsejaba cómo elegir los allí dispuestos modelos de escayola, advirtiéndole de los inconvenientes de preferir las sugerentes reproducciones de los frisos del Partenón, imperfectos por deteriorados los originales, difíciles por ello por ser interpretados por un dibujante bisoño. Mejor era inclinarse -así lo recomendaba el Profesor Meritorio- hacia la amplia disponibilidad de bajorrelieves con motivos florales o bien a ejemplares naturales; de ellos podrían obtenerse satisfactorias copias de la flor de malva, del atrayente narciso, de las calas arrogantes, de la sencilla genciana, de la siempre ponderada rosa o bien de la nervuda hoja de geranio. Pero si era asequible al progreso del alumno, se podía aceptar de éste el deseo de reflejar sobre el papel la gótica cardina o el plateresco grutesco; no menos gustoso sería intentar imitar, más adelante, el conocido perfil de Cisneros. Bien dirigido por el maestro, el alumno perseverante estaría en disposición de enfrentarse a los modelos llamados de bulto, cuales, por citar sólo unos pocos, la alada Victoria de Samotracia, los bucles y músculos del Moisés de Miguel Ángel y los dificultosos movimientos de las conocidas Venus o del Discóbolo de Mirón.

Pasados los años, Guerrero Malagón también sería profesor en la disciplina de Escenografía, más conocida por clase de Pintura, en la mencionada Escuela; sujeta la contratación de su cargo a subvención no estable. Cecilio no pudo alcanzar la seguridad de un sueldo

permanente, por causa del rigor oficial de no admitir en nómina consolidada a los faltos de titulación. Pero Cecilio superó con entereza las primeras angustias de un porvenir incierto, dedicándose por su causa con mayor empeño a su labor libremente. De todos modos, sus pinturas, sus esculturas y su labor preceptora siempre hubieran sido admiradas, sin el prestigio de la docencia en centro de la Administración, porque como dice Marañón en su ensayo sobre el escritor ginebrino Amiel "... los grandes maestros que suelen ser adscritos al profesorado oficial, hacen lo mejor de su obra pedagógica al margen de la cátedra; y así se renuevan ellos a la vez".

Cecilio adiestraba -enseñaba- a los jóvenes matriculados con la sonrisa y la palabra, cuando no corrigiendo con su propio portacarboncillo o pincel. Infundíales entusiasmo con su bondad y pericia, y les animaba a esforzarse para conseguir un premio en examen final o cuanto menos una buena calificación.

Volvamos a Urda. Encomiable es la idea y la continuación anual de los certámenes de Pintura infantil que llevan el nombre de "Guerrero Malagón", creados en esta villa de la cultura; pueblo que siempre reconoció altamente a su preclaro nativo. En el mes de mayo de cada año se convoca el Concurso, dirigido a niños de colegios de cualquier espacio geográfico y se les invita a acudir con sus caballetes, tableros o carpetas a la localidad, para llevar al lienzo o al papel buenas perspectivas urbanas. Centenares de escolares concurrentes llenan de alegría plazas y calles, aspirando al trofeo y a que su trabajo figure en ese museo municipal en incremento constante, que bien merecería la categoría de museo nacional de Pintura infantil. Estas convocatorias se deben al entusiasmo de unos benéficos maestros residentes, plenos de visión sabia, y a la buena disposición de autoridades y entidades patrocinadoras.

El que de otro modo es también maestro, por sentimiento y aptitud, Guerrero Malagón, en estos acontecimientos anuales escolares no falta para emitir su fallo sobre las muestras concluídas, pero antes de dictaminar ha ido recorriendo los puestos de los participantes

haciéndoles observar la oportunidad o el error del rincón escogido, aclarando dudas y prodigando a todos frases de aliento. Tiene en cuenta el maestro no favorecer a un determinado niño en detrimento de otro dentro de la competición, y no rompe la libertad de ninguno ahogando gustos y genialidades.

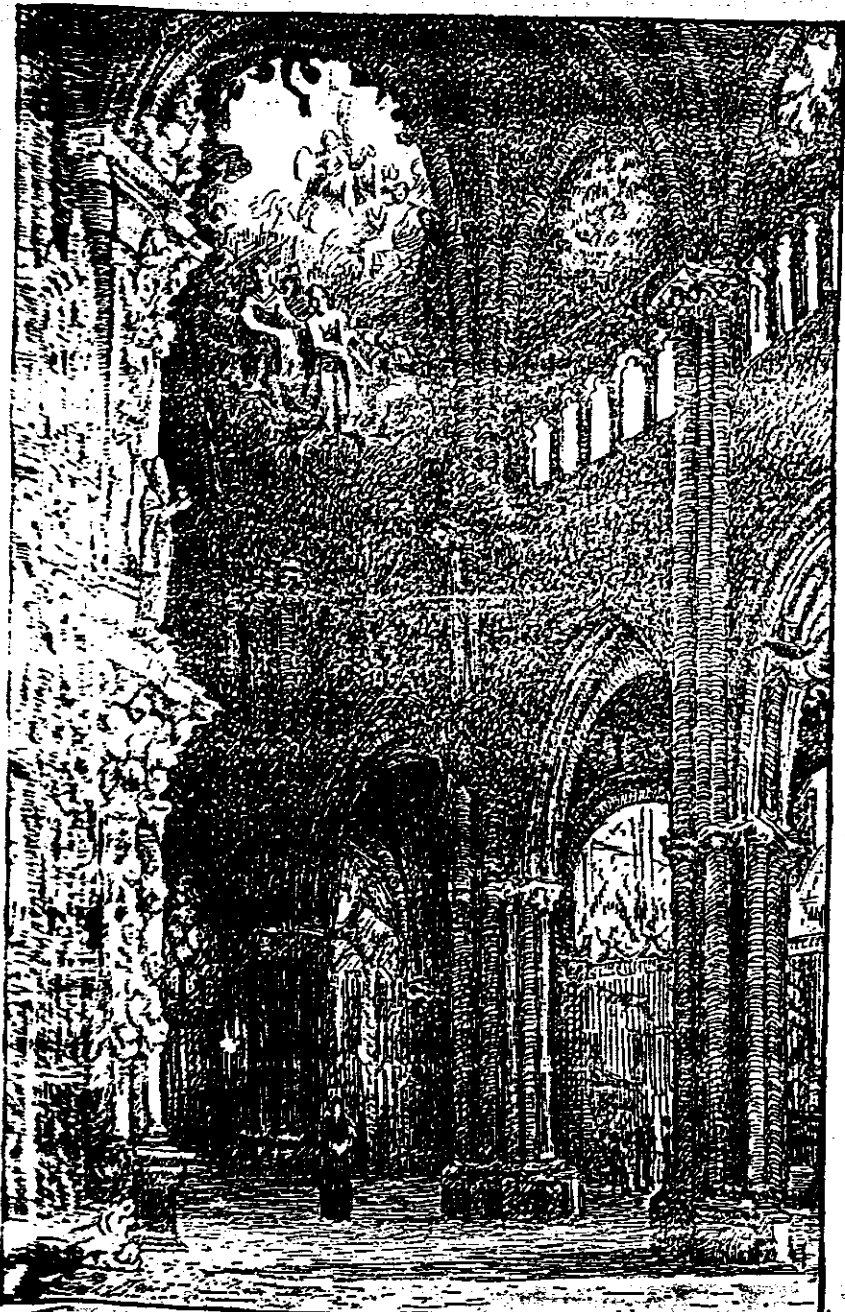
Guerrero Malagón es consciente de que no todos los que aprenden Dibujo y Pintura han de llegar necesariamente a ser artistas; en todo caso, sabe que su práctica lleva al joven a la adquisición de virtudes estéticas y habilidades de insospechado resultado formativo.

Para terminar, de Guerrero Malagón se podría decir que mantuvo y conserva un espíritu vigoroso y lleno de ilusión en el caminar de su vida. El doctor Marañón, ese otro gran maestro, y, por cierto, elogioso para con el artista, escribió en el antes aludido libro "Amiel", refiriéndose a su personaje biografiado, lo que sigue: "Fue, pues, sin duda, un buen maestro, porque sólo con entusiasmo se enseña bien". Igual, nosotros, podemos decir de Mariano Guerrero Malagón.



GUERRERO
MAYAGÜEZ

5 1933



© 1932

C. GUERRERO MALAGÓN

706-94077

GUERRERO MALAGÓN, IMAGINERO RELIGIOSO

RAMÓN GONZÁLEZ RUIZ
Numerario

Dos son los motivos que me han impulsado a tomar parte en este excepcional homenaje que la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo dedica en el día de hoy con tanto merecimiento como justicia a Guerrero Malagón en su pueblo natal de Urda.

El primero es común a todos los que tomamos hoy la palabra y es la amistad que a cada uno de los que intervenimos en este acto nos ha unido a él durante muchos años. Ciertamente además de nosotros muchas otras personas podrían hablar de él con competencia y conocimiento de causa, porque Guerrero Malagón ha sido siempre generoso en prodigar una amistad sincera a cuantos han disfrutado de la oportunidad de tratarle. La diferencia estriba en que cada uno le ha conocido a su manera, desde su propio ángulo personal y creo que otros muchos amigos suyos deberían estar aquí, para enriquecer con sus palabras la imagen poliédrica de este hombre tan sencillo a la vez y tan plural. Es necesario que sobre él acumulen testimonios cuantos le han conocido, porque las futuras generaciones corren el riesgo de perder de vista la dimensión humana del artista y de ahí a malinterpretar su obra no hay más que un paso. Si tomamos como un axioma, aceptado ya desde siglos, aquello de que "el estilo es el hombre", no se puede menos que ponderar la urgencia de profundizar en la fisonomía interior de este hombre. Tanto como de los análisis y noticias sobre sus obras deberíamos preocuparnos en dejar un conjunto de testimonios vivos sobre el mundo de las ideas y de los sentimientos que han alimentado su espíritu a lo largo de su existencia.